"lante; *andad, dice á Alfonso, y enderezad vuestra "gente á aquella senda angosta, que veis entre la sel-"va y la trinchera, con ademan de quien por despre-"cio del enemigo va á entrar en la aldea: sin duda os "saldrá al opuesto: entonces, retirándoos poco a po-"co, sacadle al campo.* Y juntamente mandó al "marqués del Monte, que con tres banderas de ca-"ballos, de cota y lanza, cargase hácia allá, é hiciese "espaldas al escuadron de Leiva."

Así escribe el referido historiador el primer movimiento de ataque ordenado por D. Juan de Austria: y trasladándose al campo enemigo, continua:

"Gobernaba todo el ejército, en nombre del ar-"chiduque y de los Estados, el conde de Bossú, "Macsimiliano Hernini, soldado veterano y cauto. "Este, resuelto a eludir los conatos del austriaco "con solo estar á la mira, ó á cortarlos con astucia, "mandó á Juan Norici, coronel de ingleses, que de-"fendia aquella entrada, que saliese á recibir al ene-"migo, pero que con la refriega no se dejase alejar "del puesto. Comenzaron, pues, á pelear españo-"les con ingleses, al principio muy á la ligera; por "que ni Leiva ni Norici, que le salia al encuentro, "iban con intento de pasar á mas, hasta que me-"tiéndose el conde de Egmont, con unas tropas de "caballería escojida, á socorrer á los ingleses, por-"que caian muchos de ellos, al punto Monte se le "opuso con su caballería. Llegábase tambien Ro-"berto Estuart con algunas escuadras de infantes "escoceses, cuando el austriaco mandó acudir allá "á Fernando de Toledo, con el resto del escuadron "volante, cuyo cabo era en propiedad, y que le fue-"ra siguiendo Camilo del Monte, con dos cornetas "de caballos. Él se arrimó mas cerca con la bata-"lla, como ya la tenia ordenada, con esperanza de "venir á las manos con el enemigo, que estaba ya "bastante provocado. Saltando entonces del caba-"llo Alejandro Fernesio, se fué al punto que habia "pedido entre la infantería española, primera hi-"iera."

"Ya las tropas no escaramuzaban, sino que á to-"do trance trababan, con sumos alientos de entram-"bas partes, la batalla, cuando Leiva, apuntando fe-"lizmente los arcabuceros por entre los árboles, "ocupó el bosque de la mano siniestra, y metiéndo-"se Toledo por la entrada, ya casi desamparado de "defensores, entrambos con gran ímpetu y con un "esforzado avance de la caballería, embistieron la "trinchera; y, retirándose unas veces el enemigo, "otras volviendo á la pelea, últimamente, con cuan-"ta fuerza podian, le hicieron volver el pié atrás "hasta la aldea."

Apoderada la vanguardia del ejército de D. Juan de Austria tan fácilmente de una gran línea de trincheras, hubiera podido envanecerse y considerar al enemigo casi enteramente desalojado; pero la misma facilidad del triunfo hizo sospechar á Farnesio alguna pérfida celada, y fué á participar al austriaco su incertidumbre y sus temores. En ellos abundada el príncipe, y confirmándolos con las reflecsiones de Alejandro, envió órden á los cuerpos mas avanzados para que detuvieran la marcha, fortificándose en el conquistado recinto. "Pero ya ellos" continúa el diligente historiador, "pasando de lar-"go el pago y siguiendo las huellas del enemigo á "toda prisa, habian entrado en un campo, camino de "Malinas, cercado por una parte del rio Demer, y "por otra de una espesa selva, y se adelantaron tan-"to, llevados del ardor de la pelea, que aun no habian "entendido el engaño, cuando se vieron á la vista "de los verdaderos reales. Estaban estos entre el "rio y la selva: en una eminencia, con valiente cir-"cunvalacion, y colocada en el frente la artillería. "Aquí se habian acuartelado los enemigos, en nú-"mero de doce mil infantes y siete mil caballos, "distribuidos en escuadrones hasta los muros de "Malinas."

Pocos eran los españoles para apoderarse de un campamento perfectamente fortificado y defendido por un tan numeroso ejército; pero en lugar de intimidarse con la sorpresa y el peligro, y mientras recibian refuerzos, cerraron con los enemigos, sin contar el número ni reparar en su desventajosa posicion. Con enojo supo el austriaco que habian traspasado sus órdenes, y en un arranque de despecho esclamó con airado acento:

—Ellos han comprometido neciamente mi bien concertada operacion: ellos solos han de triunfar ó no ha de quedar ni uno de ellos.

Pero reflecsionando despues, que él mismo habia traspasado mil veces los límites de la prudencia por seguir el ciego impulso del valor, encargó al príncipe de Parma que fuera á sacar del peligro aquellas valientes falanjes, mientras él tomaba perentorias disposiciones.

"Las entradas de los vallados" continúa el sabio jesuita, "encargó á los arcabuceros, mandándo-"les, que cuando el enemigo viniese en seguimien-"to, le detuviesen con una repentina tempestad de "balas: y ordenó que al mismo tiempo Gonzaga, "con los caballos juntos, animoso defendiese las es-"paldas de las tropas, al irse éstas retirando, y que "cuando se recojiese la infantería, avivase enton-"ces mas el ardor del choque, para cortar la furia "del contrario."

Confiando D. Juan al valor y talentos del príncipe de Parma la salud del escuadron volante, y creyéndolos bien socorridos con la caballería de Gonzaga y recias mangas de arcabuceros, cuidó de organizar las fuerzas restantes de la hueste, de modo que pudiera recibir en su seno á los que se batian en retirada, sin romperse, presentando un frente formidable al enemigo, si osaba bajar á la llanura, y con ella se adelantó hasta la entrada de los bosques.

Durante esta bien meditada maniobra, en la cual la cabeza del general se habia sobrepuesto al brioso corazon del guerrero, no se descuidó el príncipe de Parma que de prudente general queria acreditarse en un dia. Luchando con los enemigos, mandó Alejandro que los infantes torcieran poco á poco hacia aquella parte del campo que á Alonso de Leiva habia mostrado, y disimuladamente dió despues la señal de la retirada, encargando en ella el mejor órden. Para que pudieran los infantes retirarse cómodamente, se arrojó Gonzaga, al frente de su caballería, sobre el enemigo, con tan buena suerte y bizarría, que desorganizó sus filas y sembró el campo de cadáveres, no retrecediendo un solo palmo, hasta que los hermanos del Monte, á la cabeza de setecientos caballos escojidos, lo relevaron, por órden espresa de D. Juan.

No holgaba Toledo entre tanto, y apostando sus arcabuceros al abrigo de unos vallados, hacia tan mortíferas descargas, que tuvo á raya á los rebeldes, mientras los infantes de Leiva, retirándose cara al enemigo, lograban salir del conflicto, reuniéndose á la batalla de D. Juan.

—Imprudente has estado, Leiva, en el campo de los rebeldes, le dijo el austriaco recibiéndole, y por traspasar mis instrucciones, has comprometido mi ejército.

—Imprudente he sido, señor, repuso D. Alonso; pero sírvame de disculpa, que combatia al frente de españoles, y que estos, mientras pueden mover las manos, no quieren valerse de los piés.

La disculpa era tan briosa, que el príncipe hubo de aplaudirla; pero llamaron en breve su atencion los caballos de los dos hermanos del Monte.

Con la retirada de los infantes, todas las fuerzas enemigas cayeron sobre los setecientos caballos; se renovó una pelea mas encarnizada y atroz, y allí era de ver cuánto puede el valor puesto en duro trance.

Sobre setecientos combatientes tronaba de lejos la artillería de los aliados, cuando á descubierto los hallaba, y sobre setecientos combatientes herian de cerca las espadas de numerosos escuadrones que se sucedian sin cesar. Camilo y Juan Bautista del Monte conocian el grave peligro en que se hallaban peleando y briosamente acometiendo; pero conocian tambien que la retirada no lo presentaba menor. Colocados entre dos peligros, elijieron, como valientes, el que mas gloria podia darles, y en vez de volver las espaldas, se precipitaron sobre un escuadron enemigo, y despues de acuchillarlo, hasta bajo sus mismas trincheras, se vieron cortados de improviso, y al parecer en la alternativa de entregar las armas ó morir.

Don Juan de Austria habia seguido con gran cuidado hasta el mas pequeño movimiento de este valeroso escuadron, ya perdiéndolo entre nubes de polvo y humo, ya viéndolo aparecer de nuevo sobre una colina, y ya, por último, cercado por falanjes tan numerosas.

Por órden espresa del austriaco habian ido los dos capitanes del Monte á relevar á Octavio Gonzaga, á la cabeza de bravos guerreros castellanos, y esta distincion honorífica iba á costarles harto cara. El príncipe no podia dejarlos en tan duro trance, y no queria comprometer de nuevo una gran parte de su ejército. Meditabundo parecia; pero de improviso su mirada lanzó un brillo deslumbrador, se colorearon sus mejillas, tan pálidas momentos antes, y acercándose á Serbelloni, le dijo con el mismo acento que habia resonado en *el palacio de las Flores* al celebrarse el último consejo de guerra en la noble ciudad de Namur:

—Tomad mi baston, padre mio, y mandad como si yo no estuviera en el mundo.

El austriaco entregó á Serbelloni su baston de mando, desnudó con potente diestra su cortante espada de Toledo, y poniendo espuelas al caballo, fué á llevar á los dos hermanos del Monte el gran socorro de su brazo, de su corazon y de su nombre.

Radiante, como el querubin que arrojó á nuestros padres pecadores de su encantado paraiso, cruzó el príncipe la llanura, rompió las filas enemigas, y metiéndose en lo mas cerrado del pequeño escuadron leal, preguntó con vibrante acento:

—¿En dónde estoy?

—Entre castellanos, respondieron todos á una voz.

—¡Santiago, cierra España! grito el príncipe; y precipitándose sobre los escuadrones rebeldes, abrió en ellos tan ancha brecha, que ancha senda halló hasta su campo sin ser de nadie perseguido.

Al tocar las primeras filas, envainó su sangrienta espada, tomó el baston que le presentó Serbelloni, palidecieron sus mejillas, y sus radiantes ojos se apagaron, porque en aquel arrojo marcial habia brillado la última luz de la antorcha.

CAPITULO XVII.

LA CORONA.

Largo tiempo permaneció el príncipe al frente de sus escuadrones, esperando que los rebeldes descendieran á la llanura; pero Bossú, cuya estratajema no habia tenido resultado, merced á la prudencia del general y desesperado valor de los tercios que habian tomado parte en la lid, se contentó con llegar á la aldea, marchando sobre los cadáveres de sus propios soldados, de los cuales cubrian el campo de batalla mas de dos mil; número casi superior al de los castellanos con quienes midieron las armas.

Conociendo Don Juan de Austria que los aliados no dejarian sus formidables posiciones, por mucho que los provocara, y que atacarlos nuevamente seria comprometer su ejército, mandó, a la caida de la tarde, que retrocediera su campo á Tiennen, haciendo marchar en vanguardia á los que tan bien se habian batido.

Sin sufrir la menor molestia del enemigo, llegó Don Juan de Austria á Tiennen el mismo dia de la batalla, 1.° de Agosto de 1578, y se acampó con todo su ejército, esperando ocasion propicia de abrir una nueva campaña. Sin embargo, este pensamiento necesitaba, para realizarse con éxito, ser poderosamente secundado por el rey de España, y el rey no mostraba mucha impaciencia por restablecer su autoridad en Flandes.

Recibió el austriaco en Tiennen la triste nueva de que la plaza de Ariscot se habia entregado al enemigo, pereciendo antes Muncio Pagano, que por el rey la mantenia. Tambien supo el príncipe que el ejército de los Estados se iba aumentando

diariamente, y para reforzar el suyo, evitando al mismo tiempo que otras plazas siguieran el mal ejemplo de Ariscot, retiró de ellas las guarniciones, demoliendo antes sus castillos y sus murallas.

Para proceder á nuevas levas, estaba esperando Don Juan los trescientos mil ducados que el rey le habia ofrecido mensualmente; pero en su lugar recibió una carta de Felipe II, mandándole que tratara paces, y que las ajustara pronto. En esta carta vió el austriaco la política que su hermano estaba siguiendo tiempo hacia, respecto á los asuntos de Flandes; política débil ó capciosa, indigna de tan poderoso monarca.

Muy á su pesar, y sin esperanzas de buen éxito, entabló el príncipe negociaciones de concordia, y los negociadores de los Estados tuvieron la avilantez de proponerle los tres artículos siguientes:

Art. 1.° El archiduque Matías continuará al frente del gobierno, bajo las mismas condiciones que lo recibió de los Estados.

Art. 2.° El duque de Alenzon y Juan Casimiro entrarán en la paz y convenios.

Art. 3.° Don Juan de Austria restituirá á los Estados, antes que termine el mes de Agosto, la provincia de Limburgo, y cuanto ha tomado por entrega ó fuerza, en el Hainoult.

Estas irritantes condiciones exasperaron á Don Juan; pero, refrenando su enojo, las consultó con Alejandro y remitió á Felipe II, escribiéndole al mismo tiempo, que con su mudable conducta, alas prestaba á los rebeldes, dificultando mas cada dia la pacificacion del país.

Mientras se ocupaba en estos tratos, aparentes preludios de paz y motivo cierto de guerra, dió órden á Gabriel Serbelloni de formar un campamento fortificado en un collado, llamado Berje, sobre la ribera del Mossa, y á una milla corta de Namur. Serbelloni, práctico en formar y defender campos, ayudado de Scipion Campi, emprendió al momento la obra; y tan buena maña se dió, que aunque cayó peligrosamente enfermo á primeros dias de Setiembre, ya tenia hecha la mayor parte de la circunvalacion y foso, y trazados todos los cuarteles del real.

Si embarazado estaba el austriaco con las órdenes de su hermano, no lo estaban menos los próceres flamencos, á causa de sus discordias intestinas. Abrumados vivian los unos bajo la tutela de Orange; creian otros no tomar la parte necesaria para satisfacer su orgullo en el gobierno de Matías: sentian estos renacer el antiguo odio hácia Alenzon y los franceses; aquellos estaban celosos del poder militar de Bossú; y muchos, deseando ardientemente la independencia de la Flandes, volvian los ojos hácia el austriaco, prefiriéndole, con razon, á tanto ambicioso pretendiente, á tanto amigo interesado. En Bruselas, Amberes, Malinas, y aun en el ejército mismo, se habian tenido varias reuniones, en cierto modo sediciosas: en ellas se habian acercado enemigos, al parecer irreconciliables, se habian discutido materias de gran importancia política, y circulaba de boca en boca un proyecto ó conjuracion, que hacia temblar al terrible Guillermo de Nassau, y quitaba toda esperanza al duque de Anjou y Alenzon.

El austriaco continuaba en su campamento de Tiennen, teniendo muy escasas nuevas de las divisiones y conjuras que acabamos de referir, sintiendo los rápidos progresos de su enfermedad, y esperando con impaciencia algunas cartas de Madrid.

Estaba el príncipe en su cámara casi tendido en un ancho sillon de brazos; tanta era su creciente debilidad, que apenas podia sostenerse; con la frente entre sus dos manos, y el pensamiento lejos de un mundo que pronto creia abandonar. María, de pié junto al sillon, le contemplaba en un religioso silencio, y Gonzalo, entrando en la cámara con un pergamino en la mano, gritó alegremente:

—¡Señor, tenemos carta de Madrid!

El príncipe separó las manos, que su enferma frente cubrian; respiró con fuerza como si un gran peso le quitaran; se alzó con una agilidad que hacia dos dias no manifestaba; tomó el pergamino y rompió el nema. Con afan empezó á leer; poco á poco se fruncieron sus cejas, se puso pálido despues, arrugó la carta, y lanzó un ¡ay! cayendo de nuevo en el sillon.

—¿Qué teneis, señor? preguntó el paje sorprendido.

—¿Qué teneis, D. Juan? dijo María con espresion de horrible angustia.

—Escobedo ha muerto asesinado, murmuró el príncipe con voz hueca, y volvió á cubrirse los ojos y á oprimir su frente abrasada.

Tan desgarrador era el acento del austriaco, que los dos jóvenes no se atrevieron á dirijirle nuevas preguntas: Gonzalo salió á la antecámara, y María continuó guardando silencio en su dolorosa actitud.

Mas de una hora habia trascurrido, guardando siempre los amantes sus respectivas posiciones, cuando entró de nuevo Gonzalo, se acercó al príncipe y le dijo:

—Señor.

Apartó las manos el austriaco, miró á su paje favorito, y le preguntó:

—¿Qué me quieres?

—Acaban de llegar, señor, cuatro caballeros, y desean ser recibidos de V. A.

—¿Quiénes son? preguntó D. Juan con la indiferencia de todo enfermo, cuando no se trata de su muerte ó de su salud.

—No han querido decir sus nombres, repuso el valiente Gonzalo.

—¿No les conoces tú, Gonzalo? volvió el príncipe á preguntar.

—Tres de ellos traen los rostros cubiertos con las celadas y vienen armados de punta en blanco, el otro oculta el suyo bajo un espeso capuchon.

—¿Y desean hablarme? añadió el príncipe con mas interés.

—Han pedido una audiencia particular, sin dilacion y sin testigos.

—¿Serán asesinos? se preguntó el austriaco á sí mismo: y haciendo un gesto de indiferencia, añadió en voz alta: María, ten la bondad de retirarte.

Gonzalo, dí á esos caballeros que pueden entrar cuando gusten.

María se dirijió á la puerta del fondo, y desapareció por ella, despues de haber puesto su pequeña mano sobre la frente de D. Juan: salió Gonzalo á la antecámara, y momentos despues entraron los cuatro misteriosos personajes. El príncipe les vió acercarse sin hacer ningun movimiento, y cuando se pararon, dijo:

—Quisiera conocer los rostros de quienes pretenden hablarme.

Tres de los cuatro personajes hicieron un comun movimiento, que manifestaba gran repugnancia á descubrirse, el cuarto se alzó la visera con desenfado y marcialidad. El príncipe le miró un instante, y dijo despues:

—No os conozco.

—V. A., repuso el caballero, no ha visto nunca mis facciones, pero recordará mi nombre cuando sepa que soy el embajador de S. M. la reina Isabel de Inglaterra, cerca de los Estados generales.

—¿Qué quiere el señor embajador de S. M. la reina de Inglaterra?

—Señor, no me corresponde hablar el primero, repuso el inglés.

—Descubrios, si á mal no le llevais, dijo D. Juan señalando al guerrero que ocupaba la derecha del embajador. El guerrero se alzó la visera, y el príncipe esclamó enderezándose:

—¡El baron de Hesse!

—El baron de Hesse, repuso Guillermo de Horn, que tan sin causa ha combatido al gobierno de V. A.

—¿Qué solicita el baron de Hesse? preguntó el príncipe con sequedad.

—Otro debe hablar antes que yo, observó el baron con respeto.

—Pues descubrios tambien, si os place, dijo el austriaco, señalando al personaje del capuchon. Este levantó la capucha, y esclamó D. Juan, apoyándose en los brazos de su sillon:

—¡El señor abad de Maroles!

—Antiguo limosnero de V. A., dijo hipócritamente el abad.

—¿Qué pretendeis?

—Tampoco yo debo hablar, señor, el primero.

—¡Descubrios, pronto, descubrios! esclamó D. Juan irritado, dirijiéndose al último guerrero. Este se levantó la visera, y el príncipe añadió, habiéndose puesto de pié:

—¡El duque de Ariscot!

—Antiguo capitan de la guardia de V. A., repuso el duque de Ariscot.

—¿Qué venis á pedirme, duque?

—Un inestimable favor.

—Hablad.

—Voy á hacerlo, señor, pero antes reclamo la indulgencia de V. A.

—Os escucharé con atencion.

El duque vaciló un momento, buscó ánimo en las miradas de sus compañeros, y dijo:

—Cuando se encargó V. A. del gobierno de los Paises-Bajos, estaban divididos sus nobles en cuatro partidos distintos, que, convenidos en rechazar la dominacion estranjera, tenian pretensiones diferentes. Querian los unos, á cuyo frente se hallaban el baron de Hesse y el señor conde de Lalain, mantener una especie de desconcierto, con el cual seguirian ejerciendo una completa dictadura en el Brabante: querian otros, de los cuales aparecian jefes en Bruselas, Santaldegonde y Mos de Theron, poner la autoridad en manos de Guillermo, príncipe de Orange, combatiendo la organizacion ecsistente de las provincias y la religion que profesamos: pretendian los terceros, acaudillados por los abades de San Gilain, Maroles, y algunos diputados de las provincias, poner toda la autoridad en manos de los Estados generales; y, por último, deseaban los otros, yo jefe de ellos, gobernar á la sombra de V. A. En el trascurso de un año y medio se han probado todos los sistemas; se han visto, hasta cierto punto, satisfechas todas las bastardas ambiciones; hemos sufrido las influencias de todas las naciones aliadas, sin reportar otras ventajas que ver arrasadas nuestras ciudades, talados nuestros campos, en decadencia nuestro comercio, y blanqueando nuestras campiñas con los huesos de los que han muerto en los combates. Escarnecidos en el esterior, nos debilitamos interiormente con las discordias intestinas; y si V. A. no pone remedio, solo tendrémos, muy en breve, ojos para derramar lágrimas sobre los campos sin verdura y las ciudades arrasadas.

El duque terminó su discurso y el austriaco guardó silencio, halagándose con la idea de llevar á la tumba la gloria de haber sido el pacificador de la Flandes. Pasados algunos minutos, y como satisfecho de saborear tan dulce esperanza, preguntó al duque con bondad:

—¿Qué queréis, duque de Ariscot?

—Señor, repuso el noble duque, represento la parte de la nobleza, que queria gobernar á vuestra sombra, y ahora os suplica que ejerzais por vos mismo el poder. Esta es mi mision particular. En cuanto á la general, hablaré despues que lo hayan hecho mis nobles é ilustres compañeros.

Esta reticencia del duque llamó la atencion del austriaco; pero, conociendo que traian un plan combinado, le pareció el medio mas corto de saber toda la verdad, ir preguntando á cada uno, y averiguarla segun se la fueran presentando. En esta idea, se dirijió al señor abad de Maroles y dijo:

—¿Quisiera saber, señor abad, qué causas os han conducido á mi presencia?

—Señor, le contestó el prelado; el noble duque de Ariscot ha hecho la breve y fiel historia de nuestras discordias intestinas, y me ha nombrado entre los principales jefes del partido de los Estados generales: á nombre, pues, de una gran parte de este partido, vengo á pediros humildemente que ejerzais de nuevo el poder.

Miró D. Juan al señor abad con mas estrañeza que al duque, y preguntó al baron de Hesse:

—¿Qué motivo os trae, señor baron, á mi campamento de Tiennen?

—El mismo, repuso el baron, que á mis ilustres compañeros; y vengo á ofrecer el poder á V. A.

en nombre de los próceres ambiciosos que tanto ansiaban repartírselo.

El príncipe procuró leer en las pupilas del baron, los pensamientos mas ocultos, y nada encontró que pudiera hacerle dudar de la sinceridad de las palabras: respiró con mas libertad, y preguntó al embajador de Inglaterra:

—¿Qué feliz circunstancia me hace recibir, entre mi hueste, al digno embajador de S. M. la reina de Inglaterra?

—Señor, dijo al punto el inglés, vengo á ofrecer á V. A. paz y amistad, en nombre de S. M. la reina de Inglaterra.

Si mucho habian sorprendido al príncipe las palabras de los tres próceres flamencos, le sorprendieron mucho mas las del embajador inglés: disimuló bien su sorpresa y dijo al duque de Ariscot:

—Ahora hablaréis, duque de Ariscot, á nombre de todos. Ya escucho.

El duque no desplegó los labios, cambiando miradas de inteligencia con sus compañeros; el príncipe continuó:

—Espero, duque de Ariscot, que os espliqueis á nombre de todos.

—Señor, repuso el noble duque, con un manifiesto embarazo, al presentar las diferencias ecsistentes entre los partidos flamencos, dije que un lazo los unia; siendo este lazo desear todos la independencia de su patria.

—Así es la verdad, murmuraron el baron de Hesse, y el señor abad de Maroles.

—Igual deseo anima á la reina, mi augusta soberana, añadió el inglés.

D. Juan de Austria paseó sobre los circunstantes sus miradas, que manifestaban estrañeza, y dijo despues:

—Juro á Dios, que no os comprendo, caballeros.

Los nobles flamencos se miraron, consultándose en mudo idioma, y el embajador inglés dijo:

—Felipe II, rey de España y hermano mayor de V A., fué esposo de María, reina de Inglaterra, hermana mayor de mi soberano tambien.

—Lo sé, repuso el príncipe D. Juan.

—La Inglaterra es un hermoso reino, añadió el embajador.

—Lo sé, dijo el príncipe secamente.

—La soberana de Inglaterra no ha contraido aún matrimonio.

—Es proverbial la oposicion de S. M. á contraerlo, observó el austriaco.

—Quizás no es tanta como se dice, repuso el prudente embajador.

—¿Y qué? preguntó D. Juan de Austria casi perdido en un laberinto de palabras, que tan inconecsas le parecian.

—V. A. tampoco ha perdido la libertad de elejir consorte....

—Cada vez os entiendo menos.

—¿No podria ser D. Juan de Austria esposo de Isabel de Inglaterra, y partir con ella uno de los tronos mas brillantes del mundo?

Las palabras del embajador reanimaron instantaneamente todas las facciones del príncipe. Sus ojos, apagados generalmente por la enfermedad, volvieron á lucir con el brillo de su guerrera juventud: respiró con mas libertad, subió la sangre á sus mejillas, y cobrando fuerza sus tendones, quedó erguido y majestuoso. Cuántas imágenes brillantes debieron pasar de tropel ante los ojos del austriaco. Sentado en el trono de una nacion emprendedora, rica, valiente y orgullosa, podria ensanchar su corazon, tirar la vaina de su espada, y no recojerla sin haber dado leyes á una parte del mundo. Esposo de Isabel de Inglaterra, no tendria que temer los celos de su hermano Felipe II; y trabajando de propia cuenta, no veria mermarse su hueste, porque le negaban el oro, pródigamente derramado en menos gloriosas empresas. Cuánto simulacro de batalla debió levantarse uno á uno en la imaginacion de D. Juan. La mar herviria bajo sus piés, y el sol quedaria oculto tras el humo de la artillería, como en el gran dia de Lepanto: las arenas gemirian cien veces bajo la planta de su caballo, como habian gemido años antes en las yermas playas africanas: veria desplomarse las altas torres, escombrados los fosos, y podria pasear sobre ellos, tirado por caballos blancos, su dorado carro triunfal.

El embajador de Inglaterra, y los tres próceres flamencos estudiaban atentamente la espresion del rostro del austriaco, y veian bullir en sus labios una palabra, que debia colmarlos de placer. La fisonomía de D. Juan fué perdiendo rápidamente aquella especie de aureola que la circundaba, y el príncipe dijo con voz no muy segura:

—No sé, señor embajador, cómo hemos llegado á tratar una cuestion, muy poco enlazada, á la que antes me habian propuesto estos señores; pero ya que la hemos tocado, diré que la reina Isabel de Inglaterra solo debe aceptar la mano de quien ciña una real corona.

—Opino como V. A., repuso el inglés sencillamente.

—Y porque abundamos tambien en la misma opinion, añadió el señor abad de Maroles, presentamos á V. A. la ofrenda que Flandes destina á tan invicto capitan.

Abrió su manto el señor abad y presentó al príncipe una corona real de oro, con las armas de las diez y siete provincias, primorosamente cinceladas, y el siguiente lema de brillantes:

A D. JUAN DE AUSTRIA, PRIMER REY DE LOS PAISES-BAJOS.

Miró el príncipe la rica joya, y sus facciones se animaron, como le habia sucedido al verse en sueños sobre el trono de la Inglaterra. Meditó un minuto, tomó con la diestra la corona, en la siniestra conservaba la carta de Madrid, que le noticiaba el asesinato de Escobedo, y volvió á meditar. Sus labios temblaron y palidecieron, señal manifiesta de ira en los príncipes de la casa de Austria; levantó ambas manos hasta la altura de su rostro; fijó una mirada en la corona, símbolo de la dignidad real; otra en la carta, proceso de un asesinato; frunció las cejas, dando á sus facciones una espresion particular; bajó las manos á la altura del pecho, y dejó leer en sus facciones la historia del horrible combate que estaba pasando en su alma.

El inglés y los tres flamencos seguian ansiosos todas las acciones de D. Juan, y esperaban con viva ansiedad el desenlace de una lucha, que debia decidir la suerte de los Paises-Bajos españoles é influir mucho en la de la Europa quizás.

Pasados algunos momentos, notaron los cuatro embajadores un cambio grande y repentino en el semblante del austriaco, y despues le oyeron preguntar:

—Señores, duque de Ariscot, abad de Maroles y baron de Hesse, ¿qué significa esta corona?

—Significa, repuso el abad, que los Estados generales aclaman rey á V. A.

—Y que el rey de los Paises-Bajos puede serlo tambien de Inglaterra, añadió el embajador inglés.

—¿Quién os ha dado esta corona? preguntó de nuevo D. Juan á los tres próceres, desentendiéndose de las palabras que habia pronunciado el inglés.

—Los Estados generales, señor, replicó el baron sencillamente.

—¿Y quién ha dado á los Estados esta corona? insistió el príncipe.

Los próceres y el embajador se miraron, guardando profundo silencio.

—¿No me ois, señores? añadió D. Juan con voz metálica. ¿Quién ha dado á los Estados generales esta corona?

Los nobles flamencos y el inglés cambiaron de nuevo sus miradas y guardaron el mismo silencio: el príncipe continuó:

—¿No queréis decirme, que los Estados generales han robado esta rica joya del guardaropa de Felipe II, rey de España?

Nuevas miradas se cruzaron, y el mismo silencio reinó.

—Supuesto que no respondeis, añadió D. Juan, aumentando cada momento su energía, esperad y daréis respuesta á los que aquí os han enviado.

El príncipe se llegó á una panoplia; tomó una espada de Toledo, templada en las aguas del Tajo; arrojó la corona sobre un bufete de nogal; la dividió en cuatro pedazos iguales, con dos golpes del cortante acero; entregó á cada uno de los embajadores un pedazo que recibieron aturdidos, y dijo:

—Salid de mi cámara, y cuando llegueis á Bruselas, Amberes ó Lóndres, decid á aquellos que os envian, que la espada de Felipe II ha dividido en cuatro partes una de sus coronas para arrojarla á sus enemigos; pero noticiarles tambien que al unirse los cuatro pedazos, servirán de dobles cuchillas para cercenar cuellos traidores.

—Señor....murmuraron á la vez los cuatro embajadores:

—¡Salid! gritó el príncipe, señalándoles con la aguda punta de su espada la puerta por donde habian entrado; y era su ademan tan imperioso, que ninguno osó desobedecer el mandamiento del austriaco.

—¡Hermano mio! esclamó D. Juan, cuando estuvo solo, dirijiéndose á un retrato de Felipe II, obra del inmortal Ticiano, y desdoblando la fatal carta; ¡hermano mio, yo no he querido recibir la menos rica de tus coronas, y tú me has quitado impíamente al mas tierno de mis amigos! ¡Por qué no tengo yo tu cetro ó no tienes tú mi corazon!

Y como si hubiera agotado sus fuerzas en esta lucha de gigante, se desplomó sobre un sitial.

CAPÍTULO XVIII.

HORAS DE ANGUSTIA.

La enfermedad de Serbelloni no impidió que el campo de Buje adelantara con rapidez: Campi prosiguió la tarea, y el 15 de Setiembre quedó acampada la infantería en los nuevos reales, alojándose Octavio Gonzaga con las compañías de caballos en las inmediatas aldeas.

D. Juan permanecia en Tiennen, la fiebre se le habia aumentado, y ya llevaba algunos dias de no poder dejar el lecho. A pesar de su cruda dolencia, se informaba todos los dias del estado del nuevo campamento; y cuando supo que el ejército lo ocupaba, queriendo vivir y morir entre su hueste, se hizo conducir á él en litera; alojándose en una tienda improvisada que, aunque incómoda, prefirió al bello *palacio de las flores*.

Los médicos del campamento consultaron mucho entre sí sobre la enfermedad del príncipe y la de Gabriel Serbelloni: todos los aforismos de Hipócrates, formulados en mal latin, salieron á plaza en la consulta; cruzáronse sérias razones, y no vinieron á las manos, porque respetando la parca sus preciosas vidas, sabia que no sacaria mal escote de las vidas de los enfermos á su asistencia confiados. Se discutió mucho, muchísimo; y despues de mucho discutir convinieron en que Serbelloni moriria, restableciéndose D. Juan. Esta sentencia tuvo en contra un solo voto, el de Pennoni, médico del príncipe de Parma, que, garantizando la vida de Serbelloni, aseguraba la pronta muerte del austriaco.

El pronóstico del italiano adquirió crédito de dia en dia; y el 21 de Setiembre, cabalmente á los veintiun años de la muerte de su ilustre padre, entregó el austriaco el mando en jefe al príncipe de Parma, y cayó despues en un sopor profundo; que continuándole ocho dias, le tenia sin conocimiento en la madrugada del 28 del mismo mes.

La tienda de D. Juan de Austria no se distinguia por su riqueza ni por el improbo trabajo que en la de su padre admiramos: formábanla toscas maderas, gruesas lonas y algunos tapices flamencos. Un lecho, colgado de seda, ocupaba un apartamento de mas que mediana estension: sobre el lecho estaba el austriaco, sumerjido en hondo sopor; y á la cabecera del lecho velaban Gonzalo y María, disfrazada ésta como siempre con su traje de pajecillo.

Gonzalo se mordia los labios con espresion de hondo despecho; María ahogaba amargos suspiros como la madre del Dios hombre al pié de la sangrienta cruz. El paje tramaba mil proyectos de destruc-

cion y de venganza; María pensaba en el amor que no se acaba con la muerte, que es grande é inconmensurable como la misma eternidad.

De vez en cuando alzaba Gonzalo un estremo de la colgadura y fijaba sus ansiosas miradas en el rostro impasible y cárdeno del príncipe: de vez en cuando levantaba María un estremo de la colgadura, y acercaba sus trémulos labios á los inflamados del enfermo, para respirar inmediatamente el infecto aliento del austriaco y beber en él la pronta muerte que debia dar principio á una nueva vida de amor.

Sucedió, que el paje y la dama alzaron á un tiempo las cortinas de aquel lecho casi mortuorio; y ambos se inclinaron á la vez sobre la víctima de Marnis. El príncipe permanecia con los ojos cerrados y el aliento entrecortado y fatigado; pero de improviso se estremeció ligeramente: Gonzalo y María se levantaron, por un movimiento comun; abrieron mas las colgaduras, y con mas avidez contemplaron el lívido rostro del enfermo. Momentos despues, D. Juan de Austria entreabrió los párpados; María y Gonzalo lanzaron un ¡ay! al mismo tiempo, colocándose los dos á la vez sus índices sobre los labios para imponerse mútuo silencio. El austriaco abrió mas los ojos; se llevó la mano al corazon, despues á la frente, y lanzó un profundo suspiro: Gonzalo y María reprimieron instantáneamente el aliento y alzaron sus ojos al cielo, si no con entera esperanza, con una ráfaga de fé, bastante para consolarlos. Echó el príncipe miradas en torno, como quien se pierde en una llanura, y parándolas en la jóven, murmuró despues de un segundo suspiro:

—María.

—¡Príncipe! esclamó la hija del armero, y esta voz conocida y metálica resonó en el cerebro del enfermo y disipó los densos vapores que le entorpecian, ocupándole.

—¿He dormido mucho? preguntó el austriaco con voz sosegada.

—Mucho, mucho, repuso la hija del armero, con el acento del dolor.

—¡Cuánto he soñado! esclamó el príncipe, llevando las manos á su frente.

—¿Qué has soñado, preguntó María con afanosa curiosidad.

—No lo recuerdo, dijo el enfermo tranquilamente, y añadió despues angustiado: ¿Tengo fiebre?

La jóven inclinó la cabeza, como una vara de azucena inclina su cáliz, y el príncipe continuó con un acento que manifestaba su resignacion y amargura:

—Es verdad. Mi fiebre no se estingue. Mi fiebre es la muerte.

Se interrumpió, lanzó un suspiro y añadió:

—María, ¿estamos solos?

—Aquí estoy, repuso Gonzalo, queriendo manifestar al príncipe que no le dejaba un momento, ni en la felicidad, ni en el peligro, ni en la muerte.

—Vete, Gonzalo, dijo el enfermo, echando á su paje una mirada paternal.

Salió el paje, despues de besar la flaca mano del enfermo, y éste prosiguió:

—Estoy moribundo, María. ¿Es verdad que estoy moribundo?

La jóven se enjugó ardientes lágrimas: D. Juan continuó:

—En tan solemne trance, perdono á cuantos me hayan ofendido: amo, como á prójimos, á todos los que me aborrecen. A tí te he amado siempre, y te amo mas que debe amar un moribundo.

—¡Príncipe! esclamó la hija del armero con acento desgarrador.

—Por tí, prosiguió D. Juan esplanando su anterior periodo, por tí baja mi pensamiento desde el trono de Dios á la tierra que ha de recibir mi cadáver.

—¡Príncipe! ¡príncipe! esclamó María con amargura.

—He guardado, María, un secreto durante seis meses, y quiero decírtelo.... No, no. ¡Que no lo pronuncie mi labio; que baje conmigo á la tumba; que se pierda en la eternidad!

—Habla, por Dios, dijo María, con mortal desfallecimiento.

—No, María. No quiero hablar. Te amo, murmuró el enfermo dulcemente.

—Pero tu secreto es mi muerte, repuso María arrodillándose.

—Mi secreto no puede ser tu muerte; pero es la mia, la mia, la mia.

—Habla, D. Juan, por cuanto ames, por el amor que me conservas.

—Mi secreto morirá conmigo. Ya que carcome mis entrañas, no quiero que llague mis labios.

—Habla, príncipe, por el Dios que ha de juzgarnos muy en breve.

—¿Piensas tú morir? preguntó el austriaco sorprendido.

—Sí, repuso María sencillamente con una horrible conviccion.

Vaciló el enfermo un instante, y dijo con dulce sonrisa:

—Lo quieres, María, y voy á hablar. Tú me amabas con frenesí: tuviste celos, y me emponzoñaste.

—¡Qué horror! esclamó la hija del armero, cubriéndose el rostro.

—Nada temas: yo te perdono; y lo que es mas, María, yo te amo. ¿Es verdad que me envenenaste en un acceso de pasion? ¿Que si no me hubieras amado tanto....

—¡Piedad, príncipe! esclamó María, cruzando las manos sobre el pecho con honda desesperacion.

—Te repito que nada temas, repuso el austriaco con dulzura y procurando incorporarse. Despues añadió: ¿Por qué callas? Dí que me asesinas por amor.

—No, dijo la hija del armero, entre gemidos y sollozos.

El príncipe se incorporó: fijó sus ojos amoratados y cadavéricos en los de la jóven, queriendo penetrar en lo mas oculto de su alma, y esclamó despues:

—¡Es posible, María, es posible!

—Lo juro....murmuró la jóven; pero la presencia de Gonzalo la impidió continuar.

El jóven paje quedó fijo en la puerta: alzó un pergamino que habia traido oculto, y María, abalanzándose á él fuera de sí, se lo arrancó, y poniéndolo en manos de D. Juan, le dijo en viva emocion:

—Príncipe, toma y lee.

—¿Qué es esto? preguntó el enfermo haciendo esfuerzos para leer el nema.

—Mi justificacion ó mi sentencia, repuso María con voz solemne.

El moribundo rompió el nema; y aunque sus ojos apagados apenas le permitian ver las letras, leyó con los ojos del alma:

"Vendí al señor de Santaldegonde un veneno, y "me consta que le suministró á D. Juan de Aus-"tria, habiendo perfumado el lienzo con que el prín-"cipe se limpió el rostro en la célebre abadía de "Gemblours.—Genaro el químico."

Esta carta estaba escrita con negra sangre: Don Juan, durante su lectura, habia sentido frio unos instantes y otros un violento calor; pero al fin de ella se halló libre de un mortal peso, y esclamó con toda la efusion de su alma:

—¡Gracias, Dios mio!

—Soy inocente, dijo María con la altivez de la inocencia y la ternura del amor.

—Vendita seas, murmuró D. Juan, y cayó en el lecho fatigado.

El paje, que desde el umbral habia presenciado la escena, creyó prudente dar aviso á Farnesio, Gonzaga y doctores del estado feliz del enfermo. La novedad corrió de boca en boca, y momentos despues se reunieron alrededor del noble moribundo todos los cabos del ejército y los médicos de mas fama de diez leguas á la redonda.

Todos se acercaron al lecho con una espresion indefinible de esperanza, temor y ansiedad, y el austriaco vió á sus amigos, como quien vuelve de de un viaje; tal laguna habian dejado en su ecsistencia ocho dias continuos de sopor.

El tierno afecto de los amigos hubo de ceder, aunque con pena, el primer lugar á la ciencia de los doctores; y éstos, despues de haber ecsaminado detenidamente al enfermo, conformándose con la opinion que Pennoni habia sostenido dias antes, declararon unánimemente que el príncipe no podia vivir Por legítima consecuencia de esta solemne decision, todos los consuelos humanos debian alejarse del enfermo, dando lugar á los divinos: y era preciso aprovechar aquella momentánea lucidez para administrar los sacramentos de la Eucaristía y Estremauncion á un príncipe que habia blandido siempre la espada en defensa de la Religion de Jesucristo contra moros y calvinistas.

El capitan, que tantas veces habia espuesto con bizarría su vida en cien rudos combates, cobró mas ánimo viendo tan prócsima la muerte; y queriendo disponerse á ella como cristiano y caballero, mandó salir á cuantos estaban á su lado, esceptuando á su confesor, al príncipe de Parma y á su constante amigo Octavio.

Luego que el príncipe se vió solo con las tres personas que habia elegido, se incorporó penosamente, y les dijo con tranquilidad y dulzura:

—Padre y amigos, bien conozco que mi muerte no está lejana, y ante vosotros quiero hacer un testamento militar. Soy, quizás, el mas pobre vasallo de S. M. el rey católico. No tengo villas ni ciudades, encomiendas, juros ni diezmos; nada poseo; de nada puedo disponer. Mis pocas alhajas y ropas, muebles son de tan escaso precio, que no deberia mencionarlas; con todo, decid á mi hermano que haga de ellas lo que cumpla á su voluntad. Decidle, que le pido humilde perdon, de si alguna vez no he cumplido religiosamente sus órdenes ó invertido algun dinero mas del absolutamente indispensable. Aseguradle, que nunca he pensado en sustraerme á su autoridad, contrayendo enlace ni formándome Estado aparte; y que siempre he respetado en él la primogenitura como hermano, y como súbdito la majestad. Decidle despues, que le suplico mande depositar mis huesos prócsimos á los del emperador mi ilustre padre; y que si no me considera digno de tan alto honor, me conceda al menos modesta y tranquila sepultura en el apartado monasterio de Santa María de Monserrate. Decidle, que le recomiendo mi pobre madre, mi hermano uterino y mis criados. La primera me llevó en su seno; el segundo tiene mi sangre; los terceros me han servido fielmente, y no han recibido de mi mano la mas pequeña recompensa, y los últimos meses ni aun salario; porque desde que estoy en Flandes apenas he tenino pan para mi mesa y pienso para mi caballo. Nada mas tengo que deciros. Esta es mi última voluntad: ante vosotros la declaro, y os nombro mis testamentarios albaceas.

El sacerdote miraba impasible al enfermo, resguardado su corazon con el escudo de diamante de una moral ruda y severa; los dos guerreros derramaban abundante llanto: D. Juan llamó á Octavio Gonzaga, y le dijo, de modo que él solamente pudiera oirlo:

—El 3 de Octubre cumple el plazo, regularmente el 3 de Octubre se celebrarán mis ecsequias: manda que conduzcan el cofrecillo tras mi féretro, que quiero pagar, si me es posible, antes de bajar al sepulcro. No olvides, Gonzaga, el último encargo de tu buen amigo, no desobedezcas la última órden de tu general D. Juan de Austria.

—Señor, repuso el fiel Octavio, permitiéndole apenas las lágrimas tartamudear cortados acentos: señor, cumpliré religiosamente el último encargo de mi amigo: obedeceré ciegamente la última órden de mi nunca vencido general.

—Gracias, Octavio, murmuró el enfermo, y levantando mas la voz añadió:

—Acércate, príncipe de Parma, tengo que decirte un secreto.

El príncipe de Parma ocupó el lugar de Octavio Gonzaga, y el austriaco añadió:

—Alejandro, tú has presenciado mas de una vez los estravios de mi borrascosa juventud: tú has conocido á Doña María de Mendoza y á Diana Pha-

langi: tú sabes que las dos me dieron tiernos frutos de nuestro amor. No me atrevo á hablar á Felipe II de mis hijas, y quisiera recomendárselas; si tienes ocasion de hacerlo, te lo agradeceré, Alejandro.

—Fiad en mí, señor, repuso el parmesano tan aflijido como Octavio.

—Gracias, sobrino, murmuró D. Juan, y dijo alzando mas la voz:

Alejaos, Farnesio y Gonzaga, ya estoy dispuesto á la partida como hombre, pronto lo estaré como cristiano, mediante la bondad de Dios.

Farnesio y Gonzaga se alejaron ahogando con dificultad sus hondos y amargos suspiros; el padre confesor se sentó á la cabecera del lecho, y prosiguió el príncipe:

—Padre mio, por una confesion general sabeis todas mis faltas y pecados: quisiera repetirla ahora que voy á presentarme ante el tribunal del Eterno, pero no sé si tendré fuerzas para ello.

El confesor meditó un momento, y repuso con gravedad:

—Conozco bien vuestro corazon, y no creo necesario que os acuseis minuciosamente de cuantas faltas y pecados habeis cometido durante la vida que os concedió el Señor, para que la emplearais en su servicio; pero si recordais alguna falta, no confesada, acusaos de ella con verdadera contricion.

—No recuerdo ninguna, padre, dijo Don Juan contritamente.

—Acusaos, pues, en general de vuestras culpas, replicó el padre confesor.

—Me acuso ante Dios y ante vos, que aquí haceis sus veces, de cuantas culpas he cometido desde mi mas tierna niñez. He sido hombre con todas sus debilidades; príncipe con todos sus defectos; general con todo el orgullo del mando. Como hombre, habré ofendido á Dios y faltado á mis semejantes: como príncipe, me habré envanecido entre los hombres y no humillado quizás mi frente lo bastante ante la majestad de Dios; como general, habrá herido alguna vez mi espada, blandiéndola el brazo con ira, y habré derramado en las lides algunas gotas mas de sangre, por saciar mi enojo quizás. ¡Cuántas dificultades, padre mio, superiores todas á mis fuerzas, se han presentado en el año y medio que gobierno los Paises-Bajos españoles! ¿Habré servido bien al rey? ¿Habré hecho el menos mal posible á los pueblos de estas comarcas? ¿Habré obrado siempre en justicia? Rectas han sido mis intenciones, es cuanto puedo asegurar. Me acuso, pues, padre, me acuso de cuantas faltas y pecados haya cometido: perdono á mis mas constantes enemigos, y les pido que me perdonen para que me perdone Dios.

Don Juan inclinó la cabeza con profundo recojimiento, y el sacerdote le bendijo en nombre de la Santísima Trinidad.

Media hora despues ocupaban la estrecha tienda todos los cabos del ejército, con sendos cirios encendidos é hincada en tierra una rodilla: el señor obispo de Namur, vestido de pontifical y seguido de varios sacerdotes, atravesó la estrecha tienda y puso en la lengua del enfermo la Hostia Consagrada; pronunciando las palabras del ritual, á las que respondian todos los guerreros: *amen*.

Recibió D. Juan de rodillas *el Pan de los ángeles;* y despues que salió el prelado y hubo orado algunos momentos, se reclinó un tanto en el lecho, y dirijiéndose á sus capitanes,

—Don Pedro de Toledo, dijo al uno: ¿te acuerdas de las Alpujarras? Unidos allí peleamos contra los enemigos de la fé, rebeldes á la majestad del monarca Felipe II. Cuántas veces nuestros caballos treparon sus agrestes montañas: cuántas veces sobre los moriscos torreones, tú ó yo, tremolamos el estandarte de la cruz. Si vuelves á las Alpujarras, llévalas mi postrero adios.

El príncipe se interrumpió un momento, y añadió despues:

—Alejandro Farnesio, Octavio Gonzaga, y tantos otros, ¿recordais el hermoso dia de Lepanto? Oigo el mujido de las olas; el estampido de los cañones; los himnos de los vencedores y las quejas de los vencidos. Cuando paseis por aquel golfo de bendicion, pronunciad una vez mi nombre.

Volvió á interrumpirse el austriaco, y prosiguió con vos mas débil:

—Buen D. Lope de Figueroa, no te aflijas. ¿Te acuerdas de Tunez y Biserta?

El enfermo se debilitaba por momentos; sin embargo continuó:

—Os acordais todos de Gemblours, Nivela, Philipeville y Reminant? Compañeros, se apaga la antorcha. Traedme pronto mi estandarte querido; el estandarte de Lepanto. Quiero que sombrée mi cabeza, y bajo su egida espirar.

Octavio Gonzaga salió, acompañado de algunos jefes, y se presentó á los pocos momentos, trayendo el sagrado estandarte. A su vista el rostro del príncipe brilló con una celeste alegría; mandó á Gonzaga adelantarse; se sentó en el lecho enteramente; abrazó el pendon con ternura como á un hijo que iba á quedar huérfano; estampó sus labios en la cruz; lo tremoló con firme diestra, aunque tan débil se encontraba; y leyendo, ó recordando sus brillantes letras de oro, esclamó con sonoro acento:

—CON ESTA SEÑAL VENCÍ Á LOS TURCOS, CON ESTA VENCERÉ Á LOS HEREJES.

No pudo resistir el príncipe tantas y tan violentas emociones; su mano dejó escapar el asta, y cayó en el lecho desmayado. Un grito lastimero salió del corazon de aquellos hombres endurecidos en las lides; creyeron al general muerto: aun no habia sonado la hora.

Octavio Gonzaga colocó el sagrado estandarte de modo que sombreara la frente del príncipe; los capitanes se retiraron, despues de saber que el austriaco habia otra vez caido en su sopor: los dos pajes, Gonzalo y María, ocuparon de nuevo sus asientos: un médico quedó de guardia; entraba y salia el confesor.

Asoporado permaneció el enfermo hasta la mañana del 29; Gonzalo y María habian observado hasta sus menores movimientos con escrupulosa

atencion, y las lágrimas de la hermosa cayeron repetidas veces sobre la frente de su amante. El príncipe se estremecia de vez en cuando; su respiracion iba siendo menos penosa, y empezó á delirar.

—¡Fuego, fuego! esclamaba unas veces con voz estentórea y tonante: ¡al abordaje sobre la galera capitana!.... ¡Quiero combatir cuerpo á cuerpo con ese capitan bajá tan formidable y tan temido!... ¡Ya está entre mis manos!.... ¡Ya es mio!.... ¡Victoria, victoria por Castilla! repita la invencible armada!....

Y mudando el campo de batalla, añadia con el mismo acento:

—¡Que avancen esos escuadrones de arcabuceros á caballo!.... ¡Camilo del Monte, á la carga!.... ¡Ve, Octavio Gonzaga, en su auxilio!.... ¡Firme, Cristóbal Mondragon!.... ¿En dónde está Alejandro Farnesio?.... Ya le veo. Qué bien maneja su caballo.... ¡Bien, sobrino mio!...., ¡Eres mi sangre, la sangre del emperador!.... ¡Adelante, Alejandro!.... ¡Vas al frente de los españoles! Enristra la lanza!.... ¡Así, así....¡Hiere los ijares del corcel!.... ¡Bravo, bravo!.... ¡Siempre adelante!... ¡Los castellanos no vuelven la espalda!... ¡Ni uno solo te abandonará!....

Y apartándose de los campamentos como perseguido por una idea horrible y sangrienta, murmuraba:

—Pobre Escobedo, pobre amigo mio... Te asesinaron en Madrid porque eras mi amigo; porque defendias mis intereses; porque no querias verme escarnecido y humillado.... Bien me lo decia el corazon, y por ello vacilaba tanto en enviarte.... Acércate, Escobedo, acércate; entre un muerto y un moribundo puede anudarse una buena y pasada amistad.... ¿Qué mancha tu ropilla?... ¡Sangre!.. ¿Qué tienes en ese costado?.... ¡Una herida!.... ¡Y estás herido por la espalda!.... Sí, sí: un asesino no hiere nunca frente á frente á un buen soldado como tú.... Aguárdame, Escobedo, aguárdame; Dios nos reunirá seguramente, para no separarnos jamas.... Felipe II, tú, tú.... Pero hablar mal de él, no: es mi hermano, mi rey... ¿Cuál era tu crímen, Escobedo? Ser fiel amigo de Don Juan.

Por intervalos otras ideas mas dulces y consoladoras se apoderaban de su mente.

—María, decia entonces dando á su voz una inflecsion tan cariñosa como la de la madre que arrulla al hijo dormido en sus brazos. ¡Pobre María!... ¿Qué será de ella sin mi amor?.... Se tronchará como la frágil yedra que no encuentra protector arrimo.... María me ama, sí, me ama como no ha querido ninguna mujer antes; como no querrá otra despues.... ¿Qué vas á hacer, María, en el mundo cuando yo falte?... ¿Amarás á otro hombre?...

—¡Jamas! esclamó la hija del armero como si el príncipe pudiera oirla; y el enfermo, como si efectivamente la hubiera oido, siguió delirando:

—No amarás á otro, bien lo sé.... Un amor como el nuestro, María, ni se estingue, ni se renueva.... Y llegaste á concebir celos de Margarita....

María se estremeció al oir el nombre de la esposa de Enrique de Borbon, y aplicó mas atento oido; el príncipe continuó con dulce y amoroso acento:

—No tengas celos, paloma mia.... La reina de Navarra es un monstruo, tú eres un ángel del Señor.... ¿Puede hacerse comparacion entre la reina de Navarra y la hija de Cornelio Estraten?.... ¡Te amo tanto, María, te amo tanto!.... Pero dime, ¿qué vas á hacer cuando quedes sola en el mundo?.... ¿Por qué no respondes?.... Sígueme, María, y habitarémos el paraiso....

—¡Te seguiré, príncipe Don Juan! esclamó la hija del armero con la ecsaltacion de un amor que iba mas allá del frenesí; el príncipe no respondió, sumiéndose de nuevo en su mortal y frio letargo; María cayó desplomada en su asiento.

Despues de algunas horas de calma, volvió el enfermo á delirar por mas horas y con mas violencia. Trataron los médicos de calmarle sin alcanzar nada su ciencia, hasta que un fenómeno notable se manifestó en el austriaco. Hablóle el padre confesor de la religion y sus misterios, del cristiano y de sus deberes; y cada vez que el sacerdote pronunciaba el nombre de Dios ó el de su Santísima Madre, repetia el príncipe estos nombres con cristiano recojimiento, y parecia que se encontraba en el lleno de su razon.

Amaneció el 1.° de Octubre de 1578. Gonzalo y María no habian abandonado un solo instante al moribundo, y permanecian á su lado inmóviles y mudos, como dos estatuas del dolor. El confesor pasaba algunas horas á la cabecera del enfermo; un médico no abandonaba la humilde tienda de Don Juan; el príncipe de Parma y Gonzaga turnaban al lado del lecho, y el estandarte de Lepanto sombreaba inmóvil la ornada frente del caudillo. A las siete de la mañana cesó el delirio del austriaco, y quedó en un sopor tranquilo semejante al sueño de un niño en la bella aurora de su edad. Convocados todos los médicos, declaró Penoni que el príncipe viviria apenas una hora. A esta nueva temblaron todos como si fuera inesperada; Gonzalo se hirió fuertemente los labios y apretó con furia su puñal; María ahogó un suspiro lastimero, estendió su diestra sobre el lecho como si quisiera preservarlo de la helada mano de la muerte, y fijó su intensa mirada en el cadavérico rostro del nunca vencido general.

Por un espreso mandamiento del príncipe de Parma, fueron convocados á la tienda, Gonzaga, el conde de Mansfeld, Toledo y demas capitanes de la hueste: á presencia de todos ellos unjió el confesor al moribundo con el oleo santo y rezó las preces de la Iglesia por el alma del agonizante, respondiendo todos: *amen*.

Sublime espectáculo ofrecia el interior de aquella tienda improvisada en un no acabado campamento. Veíase en medio un lecho, que podia llamarse mortuorio: sobre el lecho estaba reclinado el nieto bastardo de los Césares: sobre la frente del bastardo flotaba el pendon de Castilla: á la cabece-